



GEOGRAFÍA AMERICANA Y LITERATURA CANARIA (1750-1950)

Ramón Díaz Hernández

Grupo de investigación de Sociedad y Territorio - Universidad de Las Palmas de Gran Canaria (España)
rdiaz@dgeo.ulpgc.es

Josefina Domínguez Mujica

Grupo de investigación de Sociedad y Territorio - Universidad de Las Palmas de Gran Canaria (España)
jdominguez@dgeo.ulpgc.es

Resumen

Los textos literarios con referencias socio-espaciales constituyen una importante vía de conocimiento geográfico. De ellos nos valemos en este trabajo para descubrir los vínculos de la literatura canaria y la geografía americana. Los nexos de una historia compartida y la conciencia del paisaje y de la sociedad dan sentido a una investigación cuyo objeto es desvelar el contenido geográfico que brindan las representaciones literarias de los escritores canarios. La literatura de las islas nos ofrece páginas de indudable interés y belleza, que nos permiten recrear el papel del paisaje y la sociedad americanos en el imaginario colectivo y en la forja de la identidad atlántica. Sin estos elementos sería imposible interpretar la geografía y la historia de Canarias.

Palabras clave: Textos literarios, escritores canarios, paisaje americano, identidad atlántica

Abstract

The literary texts which contain socio-spatial references are an important channel of geographic knowledge. We use them to discover the links between the Canary literature and the American geography. The nexus of a shared history and the landscape and society conscience support a research designed to reveal the geographic content of the literary representations in the Canarian writers. The literature of the Islands gives us pages of unquestionable interest and value which allow the recreation of the role of the American landscape and society in the collective imaginary and in the forging of the Atlantic identity. Without these elements it will be impossible to interpret the geography and the history of the Canary Islands.

Key words: Literary texts, Canary writers, American landscape, Atlantic identity

El análisis de textos literarios como técnica utilizada en los estudios socio-espaciales cuenta con una larga tradición en la geografía. Numerosos autores han analizado el significado de los paisajes y de las imágenes socio-culturales a través de su representación simbólica en la literatura, es decir, de la relación entre literatura y geografía, entendida ésta como medio de conocimiento de las percepciones espaciales. Por ello, podemos afirmar que el uso de textos literarios es propio de la geografía actual y lo es, además, en un sentido complementario, en el de que los geógrafos han de interpretar el valor cultural de las representaciones literarias, porque la geografía es también la imagen metafórica de lo geográfico (Ortega Cantero, N., 1987).

En consecuencia, los textos literarios constituyen una importante vía de conocimiento, de la que nos valemos en este trabajo para desvelar los vínculos de la literatura canaria con el paisaje y la sociedad americanos. Hemos seleccionado algunos trabajos publicados entre 1750 y 1950, en los que hemos encontrado referencias tan interesantes y precisas que es posible conocer, a través de ellas, los postulados estéticos y éticos que se compartieron a uno y otro lado del Atlántico. Pero, además, hemos hallado una manera de entender el paisaje y sus circunstancias que excluye toda idea de percepción directa. Diríase, en propiedad, que lo que aparece en la obra de estos autores es una “memoria” que rompió los tópicos que lastraron la comprensión de cuanto sucedía en América y sustituyó los viejos clichés y estereotipos acerca de aquel subcontinente por una imagen moderna y seductora, que tuvo una gran repercusión en la sociedad insular y en el sentimiento colectivo del ideario americano.

Canarias y América: los nexos de la historia

Guiada por los reinos ibéricos, la Europa del Renacimiento desencadenó su primera expansión ultramarina en los llamados archipiélagos atlánticos, un microcosmos geográfico que desde entonces no ha dejado de acusar los efectos de una dinámica de relaciones entre los ámbitos continentales circundantes: Europa, África y América. En virtud de esta expansión se produjo el primer encuentro de la cultura cristiana con su pasado más remoto, es decir, con la población de los antiguos canarios, forjándose un proceso de aculturación o de sincretismo sociocultural (Macías Hernández, A., 1994), similar al que se produjo luego con la población indígena de América, como han confirmado multitud de historiadores de uno y otro lado del Atlántico.

El legado aborigen isleño que se incorporó a la nueva sociedad fue poco relevante si lo comparamos con el de las comunidades indígenas americanas, más desarrolladas, y el sistema esclavista, basado en el aporte de mano de obra africana, no alcanzó en Canarias las mismas proporciones que en el otro lado del Atlántico, pese a lo cual, el proceso de conquista y colonización de Canarias y América muestra grandes paralelismos. Por otra parte, la misión intermediadora de los enclaves insulares en la conquista y poblamiento de América se reveló como la auténtica función reservada a Canarias en el contexto de la expansión política y económica europea, porque las islas y América se vieron envueltas en un creciente e intenso intercambio de hombres y recursos (Macías Hernández, A., 2003). La concesión regia otorgada a los puertos insulares, de poder comerciar con el Nuevo Mundo, se fundamentó en la necesidad de convertir esta última escala obligada del viaje atlántico en plataforma desde la que se aprovisionaba de hombres y bienes a América. Por ello, en las primeras expediciones participaron conquistadores y colonos asentados previamente en las Islas y se embarcaron semillas y animales ya aclimatados en Canarias.

Desde una perspectiva cultural, las construcciones de raíz mudéjar, principal recreación arquitectónica isleña del Renacimiento, llegaron a Indias a fines del siglo XVI de la mano de los alarifes insulares (Macías Hernández, A., 1995), al mismo tiempo que ciertos escritores canarios fueron autores de las primeras manifestaciones de la literatura escrita en diversos territorios del Nuevo Mundo. Por otra parte, el comercio canario-americano trasladó los bienes que requería la naciente colonia americana, pero muy pronto comenzó a percibir, en el cambio, productos indianos y una plata que permitía roturar campos y embellecer las ciudades canarias, lo que determinó intensas relaciones de ida y vuelta.

Más tarde en el tiempo, durante el siglo XVIII y primera mitad del XIX, la actividad mercantil desempeñó un papel de singular importancia en la canalización del proceso migratorio, con lo que el excedente de fuerza laboral de Canarias encontró renta y empleo en América. Jornaleros y pequeños propietarios rurales, empujados por la crisis económica y por los procesos de cambio social, “suspiran por la América como por su verdadera patria y trabajan con tanto afán por juntar el flete de su conducción como si fuera el precio de su rescate” (Alonso de Nava, citado por Bernal, A. y Macías, A., 1988). Ítem más, la élite canaria que por motivos político-ideológicos o económicos debió abandonar el solar patrio, encontró también en América un terreno abonado para su creación intelectual y artística, lo que hizo que destacados isleños ejercieran docencia e investigación en centros y universidades americanas. Esta comunión de intereses, que deriva del torrente migratorio, explica que el influjo americano esté presente en la literatura insular y que muchos de los escritores canarios de los siglos XVIII, XIX y XX se aproximen al paisaje y elementos socio-culturales americanos y los conviertan en referencia fundamental en sus obras.

La conciencia del paisaje

El paisaje es un concepto ambiguo que surge de una percepción estética de la realidad observada visualmente, algo que viene influido por nuestra visión del mundo y de cómo lo han interpretado otros antes que nosotros. Por ello, el paisaje es un producto complejo. Es, al mismo tiempo, naturaleza, cultura y sociedad; materialidad e idea y realidad e imagen (Ortega Cantero, N., 2007). El paisaje pasa a formar parte de nuestra manera de mirar un lugar, con los ojos y bagaje de la experiencia construida a través de los referentes culturales que poseemos. Es la foto fija del sitio, de un instante histórico plasmado en el inconsciente colectivo. Sin embargo, la idea de paisaje no siempre existió en la sociedad occidental, y no existe aún o es muy débil en buena parte de África y algunas zonas rurales de América (Maderuelo, J., 2005). Hasta épocas relativamente cercanas, el paisaje no fue sujeto susceptible de contemplación estética ni captó la atención de las artes en la cultura occidental (Marco Mallent, M., 2012). En realidad, con anterioridad al Renacimiento no se tiene conciencia del paisaje como hoy lo entendemos, de hecho, ni siquiera existe esa palabra en el vocabulario español, pues se introduce en el siglo XVIII, tras la adaptación de las palabras francesas *paysage* y *pays*, cuya raíz, pago, alude a una demarcación rural o cualquier cosa relacionada con el campo.

Muchos de los autores que han reflexionado sobre la percepción del paisaje coinciden en considerar al temprano Renacimiento y, especialmente a Petrarca, como precursor de la mirada moderna del paisaje. La carta en la que narra su impulso de ascender al Mont Ventoux y la descripción de los sentimientos que le supone lo que desde allí contempla, se han considerado un hito emblemático del descubrimiento del paisaje (Besse, J.-M.- 2010). Ahora bien, es la Ilustración y, especialmente, el espíritu de la racionalidad que representa el

pensamiento ilustrado lo que otorga al paisaje el carácter de un sistema, de un conjunto de fenómenos que pueden elevarse a principios. Surge de esta forma el modelo científico del paisaje, que se preocupa de los elementos observados y no de la apariencia que presentan (Frolova, M. y Bertrand, G., 2006). Por ello, los viajes realizados por los ilustrados, con la finalidad de reconocer los paisajes, como modalidad del trabajo científico, quedan dentro del contexto general de esta empresa filosófica, cuyos principios se van a alterar y complementar con la visión del paisaje que aporta una nueva corriente de pensamiento, el Romanticismo.

El sentimiento romántico magnifica la naturaleza frente al sujeto y hace abandonar al paisaje aquella antigua condición por la que formaba parte del “fondo donde ubicar las figuras”, para convertirlo en protagonista. La literatura romántica prestó una gran atención a las percepciones y a las vivencias de la naturaleza, ofreciendo puntos de vista que se acercan mucho, por sus intenciones y contenidos, al horizonte de la geografía moderna. Es el momento en que se empieza a tener conciencia de lo sublime y del paisaje como imagen, pues el romanticismo considera la naturaleza y el territorio como totalidades vivas y organizadas, como conjuntos de componentes relacionados y vertebrados, unidades con armonía interna, cargadas de significados subyacentes, lo que supone una negación de las interpretaciones mecanicistas precedentes (Ortega Cantero, 1999).

Las corrientes de pensamiento ilustrado y romántico dejaron profundas huellas en la sociedad canaria del siglo XIX en un momento en que se busca la propia identidad insular. Ese reflejo se traslucen en la literatura canaria y actúa, con esas mismas claves, en las menciones al paisaje y sociedad americanos por parte de sus autores, de forma que se produce un flujo de imágenes literarias entre Canarias y América que hacen circular distintas ideas y sentimientos, de una indudable repercusión en el imaginario colectivo y en el refuerzo de una identidad atlántica sin la que no sería posible interpretar la geografía e historia de las islas. Es probable que a dicha influencia no fuera ajeno el propio Humboldt cuando, tras la visita que realizó a Canarias, en 1799, decidió incluir al Archipiélago en el primer capítulo de su célebre *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*.

Una mirada atlántica: territorios y personajes vividos e imaginados

No ha sido sencillo realizar una selección de los textos de escritores canarios que hacen mención al paisaje y a las vidas, trabajos y ensoñaciones de la gente común en América, porque son cuantiosas dichas referencias en sus obras. En ellas apreciamos un oído minucioso para captar los nombres de las cosas y de los hechos, del medio natural y urbano, de las plantas y de los animales, así como de los matices de los sucesos acaecidos y del habla empleada en un contexto ético y estético común, que contribuyó a la dinamización de la vida cultural, política, económica y social de ambos territorios.

El continuo trasiego del ir y venir hace de los canarios en América ciudadanos de fácil adopción; pero esa integración convierte también su historia, sus paisajes y sus figuras, como Andrés Bello, José Martí, Miranda, Bolívar o Juárez, en patrones culturales y doctrinales de cómoda asimilación (García Ramos, 1993). Por ello, resulta difícil encontrar un autor canario que no haya escrito algo sobre las Américas Hispanas. Sin embargo, la introducción tardía de la imprenta en las islas (principios del siglo XVIII), determinó que muchos de los escritores no pudieran publicar en su época y que su obra fuera conocida tardíamente, de la misma forma que otros prefirieron difundir sus trabajos en la Península y el extranjero antes que en Canarias.

La nómina de autores elegidos en este artículo incluye a Silvestre de Balboa, José de Viera y Clavijo, Tomás de Iriarte, Graciliano Afonso, Antonio Pereira Pacheco, Aurelio Pérez Zamora, Juan Francisco González, Mercedes Pinto Armas de la Rosa y Cros, Luís F. Gómez Wangüemert, Nicolás Estévanez Murphy, Amaranto Martínez de Escobar, Luís y Agustín Millares Cubas, Luís Álvarez Cruz, Diego Crosa y Costa y Agustín Millares Carlo. Los textos escogidos corresponden a una gran diversidad de estilos e influencias, pues nuestros autores cultivan todos los géneros literarios, desde prosa, poesía, ensayo, ciencia y comedia, hasta el periodismo y el intercambio epistolar. Una parte de ellos residió en el Nuevo Mundo un corto período de tiempo y otros pasaron allí la mayor parte de su vida, en donde escribieron sus principales obras, como es el caso de Silvestre de Balboa, Graciliano Afonso o Luis F. Gómez Wangüemert. Pero hay otros más que, aunque no conocieron directamente aquellas tierras, asumieron desde sus primeros pasos la americanidad, como algo natural que flotaba en el ambiente, cual es el caso de José de Viera y Clavijo.

Paisaje y cultura americanos

La diversidad de estilos literarios preside las composiciones de los escritores canarios que integran en sus textos referencias a la naturaleza, a la cultura, a las ciudades y a los campos americanos. Encontramos dichos pasajes en la crónica, el tratado de historia, la descripción científica y las composiciones poéticas más elaboradas.

Las napeas de los prados cargando al hombro pisitacos y bateas de flores olorosas de navaco, mehí y tabaco

Desde una perspectiva cronológica, el primer escritor canario en cuya obra encontramos referencias geográficas de América es Silvestre de Balboa Troya Quesada (Las Palmas de Gran Canaria, 1563 – Puerto Príncipe de Cuba, 1649). Radicado en Cuba desde fines del siglo XVI, es autor de *Espejo de Paciencia*, relato en octavas reales, escrito en 1608, en donde narra el suceso acaecido en 1604, en el oriente cubano, del secuestro y rescate del obispo de la Isla (fray Juan de las Cabezas Altamirano) por el corsario francés Gilbert Girón y la gesta de su liberación por los habitantes de Bayazo, al mando del español Gregorio Ramos. La composición presenta claras influencias de los poemas épicos del renacimiento y está considerado como el más antiguo escrito en Cuba (Chacón y Calvo, 1922). Los elementos canarios destacan reiteradas veces en el relato (“de Canarias [son] Palacios y Medina”) y también en los sonetos laudatorios que lo preceden. Se trata de poesía cortesana, cuyo estilo clásico y refinado utiliza para describir una epopeya, con un trasfondo de las tensiones internacionales del momento.

En tono artificioso, característico de la poesía épica áurea, de corte renacentista, el poeta nos ofrece una descripción almibarada y subjetiva del paisaje del oriente de la isla, en el que un carrusel de personajes mitológicos desfila alegremente resaltando con ritmo y colorido la exuberancia de la fauna, la flora y la feracidad de una tierra paradisíaca, rebosante de insólitos frutos. “Semicapros de los montes trayendo guanábanas, géiras y cainitos; napeas de los prados cargando al hombro pisitacos y bateas de flores olorosas de navaco, mehí y tabaco, mameyes, piñas, tunas y aguacates, plátanos y mamones y tomates; hamadriádes bajando de los árboles con frutos de siguapas y macaguas y muchas pitajayas olorosas; dríadas de los bosques ofreciendo birijí y jaguas; náyades saliendo de los ríos con mucho jaguará, dajao y lisa, camarones, biajacas y guabinas; efedriádes brotando de las fuentes con sus sienes

coronadas de verbenas, luminíades de los estanques regalando jicoteas de Massabo y hermosas oréadas de las selvas y montañas ofreciendo muchas iguanas, patos y jutías; centauros y silvestres sagitarios llevando alimañas cazadas en las llanuras de la fértil Yara”.

En el poema aparecen topónimos como Cuba o Fernandina, Puerto Manzanillo, Yara, Puerto Príncipe, Bayamo, Massabo, Managua (“ameno sitio, rico en labranzas”), Acaya, Haciendas de Parada, Jamaica, La Florida, Sevilla, Barcelona, Gran Canaria, la fértil Moya... Se describe, pues, un territorio en expansión colonizadora, en el que personajes reales labran la tierra, establecen cabañas ganaderas y bohíos y se incluye hasta la figura de un tal “Gaspar Mejías, que descubrió minas en la sierra”. También nos muestra Balboa una incipiente sociedad insular, donde al componente indígena se le agregan negros, portugueses, españoles, milaneses y “negritos criollos”. Es de resaltar el antiesclavismo del poeta, apreciable en sus simpatías por los sumisos y en los elogios hacia el combatiente negro que abatió al líder de los franceses, “¡Oh, Salvador criollo, negro honrado!... Y tú, claro Bayamo peregrino, ostenta ese blasón que te engrandece; Y a este etíope, de memoria dino, dale la libertad pues la merece”.

Esta obra fue descubierta, tardíamente, en 1838, y editada parcialmente por el periódico *El Plantel* y las *Memorias de la Sociedad Patriótica de La Habana*, con la finalidad de diseñar un pasado identitario en un contexto en el que emerge el nacionalismo romántico de corte secesionista en la Cuba colonial (Cruz Taura, G., 2009).

Carica Papaya, Lin. Árbol indiano, connaturalizado en nuestras islas, cuyo tronco puede tener veinte pies de alto

La ‘americaneidad’ es también un rasgo distintivo de Joseph de Viera y Clavijo (Los Realejos, 1731– Las Palmas de Gran Canaria, 1813) quien, sin haber estado en las Indias, se sintió fascinado por aquellas tierras. Y eso salta a la vista en el preámbulo de su obra histórica más relevante, *Noticias de la historia general de las islas de Canaria*, editada 1776, en donde compara las conquistas de Canarias y América: “...Es verdad que las famosas conquistas de Méjico y del Perú harán siempre más eco en todo el mundo que las de Canaria y Tenerife. Es verdad también que Cortés y Pizarro serán en la opinión de los hombres más héroes que Vera o Fernández de Lugo; pero ¡ah, si fuese lícito hacer un paralelo riguroso entre los guanches y los indios, entre las fuerzas de las Canarias y de las Américas, entre el impulso que animaba el brazo a unos y otros conquistadores!”.

Además, Viera dedicó gran parte de su actividad al reconocimiento e identificación de la avifauna, de la flora y de la geología de Canarias, con el objeto de asesorar de sus utilidades a las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País de La Laguna y de Las Palmas. Fruto del material recogido es su *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias, o Índice alfabético descriptivo de sus tres reinos: Animal, Vegetal y Mineral, con las correspondencias latinas*, obra que escribió entre 1790 y 1810 y que se publicó parcialmente en 1866 por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas. Dicha obra es un hito capital de nuestra historia científica y representa uno de los mejores trabajos de la ilustración de Canarias.

Desde el espíritu de la racionalidad científica, que preside el texto, aparecen referenciados 33 ejemplares de flora y fauna procedentes de América, con una descripción muy completa, y que nuestro autor reconoció como “connaturalizados” en las Islas Canarias. De entre otros: chayotas, piteras, plátanos de Virginia, girasoles, algodón, pavos reales, papas, boniatos,

batatas, tomates, maíz (millo), tabaco, nopales o tuneras, pimenteros peruanos, cueros o cacao. También proporcionó información de papayas, mangas, chirimoyas, aguacates, piña tropical o guayabas, consideradas “frutas tropicales” en Europa y que en Canarias perdieron ese carácter exótico porque se adaptaron precozmente, por las similares condiciones climáticas de las Islas con algunas áreas del Caribe.

No habiendo tenido en este país el bello arte de la arquitectura

Antonio Pereira Pacheco y Ruiz (Tegueste, Tenerife, 1790-1858), sacerdote destinado en Perú, como paje del obispo de Arequipa Luís Gonzaga de La Encina, refleja en toda su obra una actitud opuesta a la desaparición del Virreinato y a la creación de un estado independiente. Por ello, en buena parte de *Noticias de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Arequipa en el Reyno del Perú* despliega una mentalidad propiamente colonial, un discurso basado en la supremacía eurocéntrica, aunque lo ofrece tamizado, como si de informe de la situación americana de su época se tratara. Los datos demográficos, la información sobre la fundación y trazado de ciudades, las riquezas minerales, la alimentación, los temblores sísmicos, la vestimenta, la agricultura o la música, se narran de acuerdo con las observaciones que, a modo de cuaderno de campo, tomó durante los siete años que allí residió (1809-1816).

El conjunto de su producción, escrita tras su regreso, revela una visión según la cual el Nuevo Continente parece ser un huérfano, que requiere del cuidado de un hermano mayor, representado en su ideario por el Viejo Continente (Hernández Gutiérrez, A. S., 2008), de tal forma que el relato se ve interferido de juicios de valor, como podemos apreciar en el siguiente texto del urbanismo arequipeño: “La arquitectura de esta ciudad ha sido levantada siguiendo las pautas de la tradición constructiva, de la improvisación y la funcionalidad, ya que las viviendas son modestas, de una sola planta, queriendo así evitar los fáciles derribos que producirían los muchos terremotos que afectan al sector. Casas levantadas con piedra labrada, encaladas, espaciosas, y decoradas con estucos pintados al óleo, aunque su escultura por lo exterior no ofrece ningún gusto”.

Teniendo en cuenta que en Canarias el panorama constructivo no era tan diferente, da la impresión de que Pereira asume ciertos prejuicios estéticos, como el de suponer que lo americano era de peor gusto que lo europeo. No obstante, el interés geográfico de su obra radica en que a sus descripciones literarias se une el hecho de que las ilustró con una serie de dibujos coloreados (lápiz iluminado con acuarela a los que añade algunos toques de tinta negra) de planos urbanos y perfiles topográficos, estos últimos realizados en sus travesías marítimas: Cabo de Hornos, isla de Trinidad, de Diego Ramírez en Tierra del Fuego...

La flor del limonero y la esencia de las plantas más aromosas se respiraba a cada paso

Aurelio Pérez Zamora (Puerto de la Cruz, Tenerife, 1828 – Santa Cruz de Tenerife, 1918) vivió una importante etapa de su vida en isla de Cuba, donde trabajó como funcionario de Correos. Su obra se centra principalmente en la narrativa y la traducción, aunque podemos destacar sus incursiones en el periodismo y la poesía, y toda ella podría encuadrarse en un realismo, agazapado tras la presencia de un romanticismo ecléctico, moderado y aglutinador de elementos distintos, como revelan sus referencias al paisaje. Su mejor texto es la novela histórica *Sor Milagros o Secretos de Cuba. Novela histórica contemporánea ilustrada*, que fue escrita y publicada en Santa Cruz de Tenerife (1897). En ella encontramos múltiples datos

acerca de la vida en Cuba a finales del siglo XIX, pues relaciona por su nombre plazas, calles, establecimientos públicos y privados, iglesias, conventos, hospitales, guarniciones militares, fábricas de puros, salas de fiesta, entidades financieras, aduanas, puertos, diques de atraque... así como numerosas localidades de la isla, importantes en ese momento por su producción de azúcar, tabaco o café.

Además, nos ofrece en ella las imágenes y los sentimientos que dejaron en él el paisaje y la sociedad cubanas, a través de Antonio Gonzalga que, en calidad de protagonista central del relato, nos sintetiza en un solo plano su identidad e ideología: “Yo soy cubano, – prosiguió – en mis primeros años fui arrullado y halagado por las brisas bajo las ceibas y los cocoteros; más tarde corrí por las extensas sabanas en briosos caballos, y a menudo volaba por los campos de Cuba en todas direcciones, buscando nuevos objetos, y otros aires que respirar. A veces pasaba á nado los ríos; otras, cansado y lleno de aburrimiento, me dormía a la sombra del mamey. Donde menos me gustaba estar era en los cafetales, y sobre todo en los ingenios. La flor del limonero y la esencia de las plantas más aromosas se respiraba a cada paso en el lugar donde nací; pero había una cosa que angustiaba mi corazón y que no podía soportar: la esclavitud”.

Pérez Zamora es un perfecto conocedor de la trama urbana de La Habana, de la que aporta información detallada, pero no descuida el paisaje natural que, en la mirada y la voz del personaje principal, nos deleita con bellas descripciones como la dedicada a un paraje matancero del que dice lo siguiente: “Un domingo, pues, subieron todos á la altura que ya he indicado y que domina la ciudad de Matanzas. Al llegar los extranjeros allí..., no pudieron menos los más artistas que doblar la rodilla en tierra e inclinar la frente ante la majestad de tanta grandeza; ante el espectáculo divino que se presentaba a sus ojos. Aquella altura tenía una planicie y de allí se veía serpentear graciosamente el Yumurí al despuntar la aurora, rielando en él los rayos del sol naciente de una manera tan maravillosa que sobrecogía el ánimo. El sol en el agua dibujaba allá, lejos, un arco-iris sobre un espejo de plata que figuraba la superficie interrumpida de trecho en trecho por maniguas y arbustos que marcaban perfectamente pequeños islotes... y, acá y allá, se destacaban algunos bohíos a cuyas puertas salían graciosas guajiras a contemplar la magnificencia del cielo y la tierra y á alabar a Dios. ¡Ah!, la perspectiva no podía ser más interesante, más poética, más sublime. Matanzas debe estar orgullosa con un paisaje tan encantador”.

La tierra más hermosa, que ojos humanos vieron, ofrece un espectáculo de la más intensa pesadumbre

Luís F. Gómez Wangüemert (Los Llanos de Aridane, La Palma, 1862 – La Habana, 1942) emigró con 20 años a Cuba y se instaló en Guane (Pinar del Río), como profesor de Instrucción Pública, tarea que luego simultaneó con el cultivo y la comercialización del tabaco. Podría definirse como un escritor republicano, federalista, librepensador, masón, y como periodista prolífico, cuyos escritos se publicaron a ambas orillas del Atlántico.

Lo más granado de sus crónicas son sus denuncias de la situación social de Cuba en la década de los años treinta del siglo XX y, sobre todo, del empobrecimiento de los campos y del campesinado, un panorama que hace contrastar con la feracidad de las tierras: “Cuadro sombrío, doloroso, terrible el que muestran los campos de Cuba. ‘La tierra más hermosa que ojos humanos vieron’ ofrece, a poco que se fije la mirada... un espectáculo indecible, productor de la más intensa pesadumbre”. “En las labores agrícolas de las inmensas fincas

sembradas de caña, en los ingenios azucareros y en otras tareas a jornal,.... un padre de familia, recibe doce centavos como paga de doce horas de trabajo rudo, a pleno sol del Trópico... Esos doce centavos no se le dan en dinero, se le entregan en forma de vale para la tienda del ingenio o de la colonia, en la que el precio de los víveres reduce a seis centavos el valor del pedazo de papel”.

También encontramos en sus escritos críticas abiertas hacia Estados Unidos: “Hasta ahora nada indica mejoría en los negocios azucareros; la suerte de Cuba, en esta materia, depende de los Estados Unidos. Hay la esperanza de que el Gobierno del Norte no permitirá el agotamiento económico de Cuba, porque los suyos, los yanquis, son los propietarios de la tierra, son los grandes latifundios...que los cubanos se apresuraron a vender ‘porque el americano lo pagaba bien’. Todos desoyeron la voz del ilustre Sanguily, cuando decía: ¡No vendan, que la tierra es la Patria!”. “Este hijo del Norte, capitalista, ya conocido por su conducta en Colombia y otras Repúblicas, contrario a toda liberación obrera, sin duda entiende que haciendo mucho azúcar a bajo precio, está resuelto todo. Quizás sea su ideal una Cuba factoría, trabajada por negros jamaiquinos y haitianos, de la que desaparezca el actual régimen y, sobre todo los elementos que se atreven a pedir que las horas de tarea sean ocho cada día laborable y que el valor del jornal permita al hombre que lo rinde, comer algo para poder seguir viviendo y que también alcance a su mísera familia”.

De corte aún más social, es la denuncia que hace en este otro texto sobre el negocio del tabaco: “Fabricantes, almacenistas y cosecheros ponen el grito en el cielo por la merma de sus negocios, pero no se ocupan del vivir mísero del hombre que cultiva la tierra, que siembra el tabaco, que lo cuida, lo corta, lo seca y lo escoge, hasta entregarlo enteriado al comprador que en no pocos casos le hace víctima de sus egoísmos... imponiendo rentas tan crecidas, que constituyen un tremendo abuso, del que nunca se han preocupado los Gobiernos, quizás porque son políticos de influencia los grandes terratenientes, los mantenedores del latifundio”.

La leyenda del indiano

La experiencia del emigrante es una de las más abordadas por los escritores canarios en el período analizado. Así, no es casual que en *El Abuelo* de Galdós, publicado en 1897, se hable de las minas de oro de Hualgayoc en Perú, que pertenecieron a su personaje central, don Rodrigo de Arista-Potestad, Conde de Albrit, Señor de Jerusa y de Polán, y que fueron las causantes de su ruina familiar y económica. En sentido opuesto, muchos de los relatos de otros escritores canarios hablan del progreso y enriquecimiento que representó la emigración.

Si yo pudiera pillarle los patacones de que ha llenado talegas en México

En la obra de Tomás de Iriarte (Puerto de la Cruz, Tenerife, 1750 – Madrid, 1791), autor bien conocido por sus fábulas, nos encontramos con una versión culta del mito del “indiano”, incluida en “*El señorito mimado o La mala educación*”. En dicha comedia, de estilo neoclásico, según la moda francesa de la época, aparece don Cristóbal, hombre recto, franco y activo, además de noble adinerado por el cargo que ejerció en Indias, un personaje que provoca la envidia de su ahijado y sobrino, un señorito mimado, que despotrica de su tío y tutor, desvelando malévolamente el origen de su fortuna: “Yo, por lo común, no tengo/ un cuarto en la faltriquera/ y vivo alegre; al revés/ del tío: mucha riqueza/ y siempre de mal humor/ Recogió buena cosecha/ en Indias, y habrá robado/ de lo lindo...”

Con Iriarte se introduce en la literatura canaria la leyenda del “indiano”, un personaje de especial fascinación, que se convierte en una recurrente fuente de inspiración literaria, la historia del emigrante que logra amasar una fortuna a base de sacrificio y trabajo y que, al retornar, se siente envidiado y se hace benefactor de parientes y de los lugares que le vieron nacer.

Regresa a España contento y descolorido, llamando pesos a los duros, contando por onzas aunque no traiga una para muestra

Otro ilustre escritor isleño fue Nicolás Estévanez Murphy (Las Palmas, 1838 - París, 1914), cuya producción literaria fue notable. Su obra refleja un especial interés por lo hispanoamericano (*Poemas a Cuba; Resumen de la Historia de América*, Paris, 1893) pues, en su breve carrera militar, estuvo destinado en Puerto Rico, en Santo Domingo y en Cuba, isla a la que regresó tardíamente, en 1906. Lo más interesante de sus textos es que consigue distanciarse de los grandes dilemas que representaban los sentimientos a favor o en contra de la independencia, residenciando el sentimiento de la patria en la geografía, en lo firme de la tierra: peña, roca, fuente, senda, choza, cumbre y almendro (Alonso, M. R., 1991).

En sintonía con este ideario, en *La Milicia*, obra en prosa editada por primera vez en 1867, Nicolás Estévanez introduce una pequeña narración titulada “*El Ultramarino*”, en la que se hace eco de los controvertidos sentimientos de un soldado que marchó a América, regresó a España y volvió a América. En ella utiliza un tono sarcástico, tratando de desmitificar el éxito de la emigración: “Después de haber pasado siete o más años en Cuba, Puerto Rico o Filipinas, lamentando la suerte que tan alejado le tenía de la madre patria, censurando las costumbres de aquellos países, hiriendo susceptibilidades y provocando disgustos, regresa a España contento y descolorido, llamando pesos a los duros, contando por onzas aunque no traiga una para muestra... Y lo más gracioso es que, después de haber sufrido tanto con aquellas costumbres, no puede sujetarse a los usos y modas de su patria y vuelve a las provincias de Ultramar sin que le den un ascenso ni ventaja alguna. Interin permanece en la caduca Europa, echando de menos los almuerzos criollos, y el café con leche, y los plátanos, y los caimitos. No hace más que renegar de la hora en que salió de Cuba o de Manila y dice a cada instante que el ejército de la Península no puede competir con el de allá, porque los soldados son unos *pendejos* mientras no pasan *el charco*... Todos los días refiere que en aquellos países tropicales hay ríos de oro, y torrentes de plata, y minas de queso, y fábricas de jamón. Y que son tan pingües las pagas y tan abundantes los recursos, que cualquier oficial encuentra diez mil pesos en un momento de apuro, porque puede pagarlos de su sueldo. En esto tiene razón, pues no hay alférez en Cuba que no pueda reunir mil pesos... en quinientos años.”

Un padre recibe una carta de su hijo con nueve onzas de oro y un sombrero de jipijapa

Los hermanos Luís y Agustín Millares Cubas (Las Palmas de Gran Canaria, 1861-1926 y 1863-1935) escribieron un cuento titulado *Carta de La Habana*, en donde se reproducen escenas cotidianas del dolor por la ausencia, junto a episodios de la emigración de aquéllos que no triunfaron. En dicho cuento, un padre recibe una carta de su hijo junto con nueve onzas de oro y un sombrero de *jipijapa*, por medio del patrón del barco *Virgen de La Luz*, procedente de La Habana. La carta rezaba: “Padre, esta es para decirle como estoy en una panadería, donde llaman ‘artesa cubana’ y gano un peso todos los días.... Sabrá como me

dieron las viruelas y estuve muy fatal y me trajeron la majestad, pero ya estoy bueno.... Sabrá como Antoñito el de Dolorcitas la que tiñe, se lo encontraron muerto en la calle de una puntada en el corazón. El pobre estaba *jarto* de pasar miserias y Dios le haya salvado”.

Desde el día en que emigrante, a tus puertas llamé, en tu seno me acogiste

Diferente es el sentir de los versos del escritor Juan Francisco González (Arucas, Gran Canaria, 1863-1937) que, en *A Cuba en mi despedida* (1897) y *Carta a mi madre* (1920), ofrece una imagen dulce de la recepción en tierras americanas, oponiendo a la dureza del camino y a la incertidumbre de la llegada, la alegría de la acogida: “De mi vida en el sendero/ por cualquier lugar que vaya/ guardaré de amor sincero/ recuerdo imperecedero/ de tu hospitalaria playa/ Desde el día en que emigrante/ a tus puertas llamé, triste/ cual mendigo vergonzante/ y tú con dulce semblante/ en tu seno me acogiste/ Te profeso, Cuba hermosa/ el mismo tierno cariño/ que a la madre bondadosa/ que me columpió amorosa/ en la cuna cuando niño”.

Un indiano de pura raza, con guayabera, buen jipijapa, dijes, sortijas y humeante yagua

La obra poética de Diego Crosa y Costa, “Crosita” (Santa Cruz de Tenerife, 1869-1942), se adscribe a la denominada escuela regionalista. En su día fueron célebres sus *Ripios*, editados en la prensa, entre los que se incluye un poema titulado *Diálogo campesino*, que describe de forma pintoresca la relación del lugareño con el indiano (Alonso, 1991). En el camino de La Esperanza/ se tropezaron una mañana/ chó Justo Montes y Antonio Casas / Éste un “indiano” de pura raza/ con “guayabera”/ buen “jipijapa”, dijes, sortijas/ y humeante “yagua”/ El otro un “mago”/ “cachorra”, manta/ “cachimba”, yesca/ calzón, polainas/ y de acebuche nudosa vara/ Felices días/ compadre Casas/ Hola, chó Justo/ ¿cómo lo pasa?/ Muy malamente/ con falta di agua/ y yusté ¿dónde/ dice que marcha?/ Voy a mi finca/ de La Esperanza/ Sus buenas onzas/ trujo de “Bana”/ “pa sien desturbios”/ poder mercarla/ Cuba la bella/ no es una ingrata/ con mi “guajira”/ logré ganarlas/ en un ingenio de Santa Clara/ ¿Y “hora” a su nido?/ Con muchas ansias/ Esto da gusto/ compadre Casas/ aquí en habiendo/ semilla y agua/ nos sobra “gofio”/ sembramos papas/ y un buen “ayanto”/ nunca nos falta./ Felices días/ no más holganzas./ Adiós, “chó” Justo/ “jasta” mañana...

El canario canta tan alto como cualquier sinsonte

La literatura canaria de todos los tiempos nos ofrece buenos ejemplos de alabanza hacia el carácter sacrificado del emigrante insular en tierras americanas. Uno de los mejores de ellos se halla en la obra del periodista Luís Álvarez Cruz (La Laguna 1904-Santa Cruz de Tenerife 1971), concretamente en la glosa *El canario y el sinsonte*, recogida en *Retablo isleño*. “...El canario ha sido siempre, en tierras americanas, un hombre que ha elevado a sus más encumbradas notas el himno del trabajo. No es cursilería ni retórica trasnochada, sino la realidad valorada estrictamente. Cuando ha conseguido emparejarse con todos los sinsontes, que de diversas partes del mundo afluyen a América en pos de riqueza, sobredora sus alas o se deja el plumaje en el empeño. La cuestión consiste en que canta tan alto como cualquier sinsonte, por muy agudas que sean las notas que éste dé. Ayer en Cuba y hoy en Venezuela, sólo ha cambiado el signo económico de la divisa. Ayer fueron los pesos, hoy son los bolívares. El canario es el mismo. Hoy, como ayer, continúa emigrando a América, dispuesto

a emular cualquier proeza... En su propia tierra ha realizado el isleño este record de superación. Aun en su propia jaula, el canario ha sabido arrancar a su lira vibraciones extraordinarias... Y esto es importante. Crear, fundar. Hacer florecer los surcos con su sudor. En una palabra, cantar por todo lo alto hasta dar la última nota”.

Para el no cultivado campesino, la única tierra fuera de sus peñas es La Habana, de donde se vuelve con traje de seda cruda y leontina de oro

También el distinguido académico y paleógrafo Agustín Millares Carlo (Las Palmas de Gran Canaria, 1893-1979) en su obra *El canario de ayer y hoy. Descripción y estudios de los impresos de los siglos XV y XVI*¹ nos dejó un perfil certero de la figura del “indiano” en el siguiente texto: “Hay un sendero largo, sombreado por los árboles de la pomarrosa, y una acequia clarísima en cuyo remanso croan las ranas, al atardecer. Cerca, a dos pasos, está la finca del indiano; él viste amplio traje de seda cruda, con el *jipijapa* de alto precio y luce sobre el abdomen la rutilante leontina de oro. Es el hombre que estuvo en La Habana, el que amasó su fortuna -Dios sabe a costa de qué sudores y sacrificios- en Venezuela, en el Perú, o en la Argentina. Para el no cultivado cerebro del campesino isleño, la única tierra existente fuera de sus peñas, es La Habana, un sitio misterioso y risueño, especie de tierra de promisión, de donde se vuelve con traje de seda cruda y leontina de oro. Esto es *Bana*, suele oírse en las islas en tono ponderativo; y todos recordaréis que cuando dos campesinos se hallan en el caso de traspasar juntos los umbrales de una casa, suele oírse un diálogo parecido a este: Pase, compadre/ No, compadre, pase usted/ Usted primero que estuvo en La Habana/ Bueno; pues a la par y a un tiempo”.

La controversia de la emancipación

Los escritores canarios viven la emancipación de América con diferentes pareceres y con sentimientos divididos. Por ejemplo, Afonso, Pinto y Estévez simpatizan con ella pero, en cambio, Pereira Pacheco, Gómez Wangüemert o Juan Francisco González sienten con pesadumbre la pérdida de las colonias.

Que trabaje el salvaje, que despierte el africano, que en su pecho, el derecho, de ser hombre encuentre ufano

La fuerte personalidad de Graciliano Afonso Naranjo (La Orotava, 1775 - Gran Canaria, 1861) llena de originalidad la literatura canaria del XIX. Fue dos veces diputado en las Cortes (Cádiz, 1812 y Trienio Liberal, 1820-1823), en donde se alineó en el lado más radical del liberalismo político. Sufrió persecución por la Inquisición y exilio, por haber firmado un manifiesto cuestionando la capacidad de Fernando VII para reinar. Estuvo en Trinidad, Cumaná, Puerto Rico, Cuba y Venezuela, entre 1828 y 1837, en donde produjo la mayor parte de su obra literaria. Fue allí donde modificó su pensamiento respecto al proceso emancipador de América. Allí encontró, en efecto, un escenario propicio para escribir con libertad, como si fuera un americano más pero sin desdecirse de los cánones prerrománticos que le fueron familiares (Armas Ayala, 1957).

Afonso ve en el paisaje americano una fuente de inspiración para desarrollar su poesía, ya que reconoce en aquellas tierras el paisaje de Canarias y las similitudes entre sus primitivos

pobladores (Becerra Bolaños, 2005). Según Hernández González, en nuestro doctoral se aprecia un romanticismo impregnado de americanidad, en el cual se mezcla el indígena americano y el insular primitivo –el guanche–, el bucolismo anacreóntico y la selva americana, las traducciones prerrománticas y las lecturas de bibliotecas americanas. En composiciones anteriores a “*El héroe de Oriente*” (oda escrita en 1837, en Trinidad de Barlovento) anuncia una progresiva toma de conciencia a favor de la causa independentista de las colonias españolas en América. En el poema “*A don Antonio Guiseppi en el día de su fiesta*”, fechado en 1836, se puede leer lo siguiente: “Que trabaje/ el salvaje/ que despierte el africano/ que en su pecho/ el derecho/ de ser hombre encuentre ufano”.

Reclama que los primitivos pobladores de Canarias se acojan al derecho de entrar en la historia como protagonistas y no como comparsas de los europeos (Hernández González, 1993). Ese posicionamiento lo lleva a tratar la figura de José Tadeo Monagas² como personaje central de la oda titulada “*El héroe de Oriente*” que, en el fondo, viene a ser un pretexto para cantar la gesta de la independencia venezolana, el horror hacia el despotismo español y la exaltación de la libertad. En esta composición se hace gala ya de un antiespañolismo que luego se volverá a repetir en la “*Oda a Colón*”, dedicada a Bartolomé Martínez de Escobar, en la que se condena abiertamente el descubrimiento y la conquista de América, idea que se refuerza en “*El juicio de Dios o la reina Ico*”, escrita en 1841.

Del poema “*El héroe de Oriente*” entresacamos estos versos significativos: “Ved la sin par hazaña/ una tapia y un hombre vence a España/ Firme os miro sobre el frágil muro/ leones fieros, de la presa hambrientos/ que con heroica saña/ salváis a Venezuela del de España/...di que a Monagas viste/ y la España a sus pies vencida y triste/ ¡...confunde, dios de los buenos,/ estos esclavos godos-sarracenos;/ laman el polvo si tu nombre ultrajan,/ y escabel sean de excelso trono,/ y ampare a Venezuela/ el dios que da aflicción y consuela”.

Dichosos nuestros padres, no sufriendo la vergüenza, al ver que invade una nación extraña, un mundo descubierto para España

De opinión contraria a la emancipación es el grancanario Amaranto Martínez de Escobar y Luján (Las Palmas de Gran Canaria, 1835-1912), abogado de profesión y pintor por vocación que, desde muy joven, colaboró en la prensa del Archipiélago y en varios periódicos de América. Escribió un *Soneto al desastre de 1898*, en el que su visión pictórica, idílica, cuando representa a los primeros pobladores de Canarias y, perturbadora, cuando representa a los conquistadores, contrasta con su posición literaria de defensa de la españolidad de Cuba, un sentimiento que se manifestó en gran parte de la sociedad insular por la pérdida de la isla a favor de Estados Unidos: “Dichosos nuestros padres que ignoraron/ el negro porvenir de tanta ofensa/ y angustias de la patria no lloraron/ Dichosos, no sufriendo la vergüenza/ al ver que invade una nación extraña/ un mundo descubierto para España

Martí no era un malvado, era bueno, porque la patria de Martí no era España, era Cuba

Al igual que en Afonso, en la obra de Mercedes Pinto y Armas de la Rosa y Cros (Tenerife, 1883 – México, 1976) se aprecia un sentimiento de simpatía hacia los caudillos latinoamericanos de la emancipación. La autora de *Él*, exiliada durante la dictadura de Primo de Rivera, nieta de un antiguo funcionario de la Audiencia de La Habana, narra el incidente que tuvo con su familia, muy conservadora, en el transcurso de una conversación sobre la

independencia de Cuba: “...y un día noté una alegría inusitada en mi casa. Una frase sonaba en todos los labios: ¡Habían matado a Martí! Mi madre – con un periódico abierto en las manos, contemplaba el retrato de un hombre con este letrero en grandes caracteres: ‘Muerte del filibustero José Martí’. Y la entonces niña Mercedes se preguntaba: -¿Quién era Martí? – Me lo explicaron bien. ‘Era un malvado, un miserable, un traidor a la patria, que en Cuba se había levantado en armas con otros hombres igualmente malvados’. Y la precocidad acuciaba sus interrogantes: ¿Pero qué era la patria? ¿Cuba? – No, la patria era España. ¡Qué lío! ¿Cómo era España la patria de Martí? ¿Pero él no era de Cuba? ¿No estaba Cuba muy lejos, lejísimos de España, y no era una tierra muy grande donde hacía mucho calor y de donde mi abuelo mandaba frutos y juguetes distintos de los de acá? Y el razonamiento infantil oponiéndose: ‘No, mamá, no. Martí no era un malvado, era bueno, porque la patria de Martí no era España, era Cuba...’” (Cano, 2008).

Conclusiones

La creación literaria permite a la geografía el milagro de propiciar asociaciones e integraciones con otros contenidos, enfoques interdisciplinares y diferentes emociones, lo que a su vez favorece la edificación de conocimiento y que se multiplique, en definitiva, la capacidad operatoria del pensamiento. En consecuencia, las aportaciones literarias de los escritores canarios facilitan el análisis de las geografías subjetivas y de las percepciones espaciales. Al dirigirse a la sociedad insular, un público que conocía y sentía como propia la atlanticidad, nos muestran las intercambiables e indisociables dimensiones de lo real y de lo percibido. Dichos textos, con sus imágenes, sus referencias toponímicas, su descripción de hechos y paisajes, con sus mitos, símbolos y alusiones biográficas, con sus simpatías y antipatías doctrinales, nos han permitido observar, interpretar, identificar, encontrar similitudes y contrastes, clasificar, relacionar e intuir ciertos espacios geográficos americanos y la complejidad que los mismos poseen, como realidades del imaginario de la sociedad insular.

Desde distintos estilos literarios, prosa, poesía y teatro, y desde distintas corrientes, renacentista, ilustrada, romántica, o realista, los textos seleccionados loan todos ellos la naturaleza americana, la describen como un espacio edénico, pleno de recursos, que representa un goce para los sentidos. Unos pocos autores relatan los males que ensombrecen ese panorama idílico, la esclavitud y el afán de lucro de los norteamericanos, mientras que en tan sólo un caso, encontramos una crítica velada hacia la cultura americana, contraponiéndola a la herencia europea.

En relación con los indianos, en los textos de los escritores canarios se desmitifica su figura y se describen situaciones ambivalentes, de éxito y de fracaso. Un particular interés tienen las noticias que informan de la consideración social que merecen a la población insular dichos emigrantes y, aún más interesante, es la descripción de los sentimientos confusos de pertenencia a dos mundos de dichos migrantes (*in-between-ness*), un enfoque que anticipa la perspectiva que adoptan muchos de los análisis que, sobre migraciones, se realizan desde la geografía cultural, en la actualidad.

Por último, un capítulo tan importante de la historia de todos los tiempos, cual es el de la independencia americana, es abordado por los escritores canarios desde distintas posiciones ideológicas, aunque defensores y detractores tienen todos en común la intensidad de los sentimientos con que las esgrimen. No podía ser de otro modo tratándose de un proceso que

acontece en una sociedad cuyos derroteros habían corrido paralelos a los de la historia insular de los siglos XVI y XVII, y que reforzaron el torrente migratorio y los flujos de ida y vuelta del XVIII y XIX. La comunión de intereses con América nos ofrece, en consecuencia, extraordinarios pasajes, que nos permiten entender el sentido de la dimensión atlántica canario-americana.

Notas

¹ Publicada en Las Palmas de Gran Canaria en 1975. Millares impartió docencia en Zulia (Venezuela) entre 1954 y 1974 y recibió la condecoración de la orden Francisco de Miranda.

² Caudillo militar (1784-1868) y político del Oriente venezolano. Fue presidente de la República en tres ocasiones. Su padre era natural de Valleseco (Gran Canaria).

Bibliografía

- ALONSO, Rosa M^a. *Poesía de la segunda mitad del siglo XIX*. Madrid, SOCAEM, 1991, 298 p.
- ARMAS, Alfonso. “Graciliano Afonso, un diputado de las Cortes de 1821 desterrado en América”, *Anuario de Estudios Atlánticos*, 1957, nº 3, p. 387-451.
- ARMAS, Alfonso: “Introducción literaria. Literatura”. In VV. AA.: *Canarias*, Madrid: Fundación Juan March-Editorial Noguer, 1984, p. 105-140.
- ARTILES, Joaquín: *Ensayos y estudios literarios (Del siglo XII al XX)*. Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 1975, 293 p.
- ARTILES, Joaquín: *La literatura canaria*, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 1979, 55 p.
- BECERRA, Antonio: “Paisaje y memoria literaria”, *Anuario de Estudios Atlánticos*, 2005, nº 56, pag. 425-445.
- BERNAL, Antonio y MACÍAS, Antonio (comp.). *Escritos económicos. Canarias, economía e ilustración. Alonso Nava y Grimón*. Tenerife, Universidad de La Laguna y Cajacanarias, 1988, 312 p.
- BESSE, Jean-Marc. *La sombra de las cosas. Sobre paisaje y geografía*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, 190 p.
- BROSEAU, Marc. y CAMBRON, Micheline. «Entre Géographique et Litterature: frontières et perspectives dialogiques», *Recherches sociographiques*, 2003, XLIV, 3, p. 525-547.
- CANO, Olivia América. Imagen de una ¿desconocida? O Mercedes Pinto en Cuba. In CABRERA, Olga. (Dir.): *Migrações e Fronteiras no Mundo Atlântico*, Goias, Editora CECAB, 2008 p. 57-68.
- CARRERAS, Carles. El uso de los textos literarios en geografía. In GARCÍA BALLESTEROS, A. (Coord.): *Métodos y técnicas cualitativas en Geografía Social*. Barcelona: Oikos-Tau, 1998, p. 163-176.
- CARRIÓN, Enrique. *La lengua en un texto de la Ilustración. Edición y estudio filológico de la Noticia de Arequipa de Antonio Pereyra y Ruiz*. Lima, Pontifica Universidad Católica de Perú, 1983.
- CHACÓN, José María. *Ensayos de literatura cubana*. Madrid, Ed. Saturnino Calleja, 1922, 269 p.
- CRUZ, Graciella. “*Espejo de paciencia*” y *Silvestre de Balboa en la historia de Cuba*, Madrid, Iberoamericana Editorial, 2009, 262 p.
- DE BALBOA, Silvestre. *Espejo de paciencia*, editado por TRELLES, Carlos en su *Bibliografía cubana de los siglos XVII y XVIII* y al año siguiente (1928) reimpresso por

-
- CARBONELL, José en su *Evolución de la cultura cubana*. También en MILLARES, Agustín y HERNÁNDEZ, Manuel (1977): *Biobibliografía de Escritores Canarios (siglos XVI, XVII y XVIII)*, p. 9-17.
- DE PAZ, Manuel. *Wangüemert y Cuba I*. Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1991, 210 p.
- DE PAZ, Manuel. *Wangüemert y Cuba II*. Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1991, 211 p.
- DE PAZ, Manuel y ALONSO, Carlota. La primera antología de Patricio Perera Álvarez II. *Boletín de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife*, 2011, nº 2, p. 237-299.
- EDIRCA (Comp.). *Clásicos Canarios. Literatura Canarias I (siglos XV-XVIII)*. Las Palmas de Gran Canaria, Edirca, 1988, 445 p.
- EDIRCA (Comp.). *Clásicos Canarios. Literatura Canarias II (Siglo XIX)*. Las Palmas de Gran Canaria, Edirca, 458 p.
- FRANCISCO y GONZÁLEZ, Juan. *Ecos de Mi Tierra*, Madrid, Imprenta del Asilo de Huérfanos del Corazón de Jesús, 1920. 187 p.
- FROLOVA, Marina y BERTRAND, Georges. Geografía y paisaje. In HIERNAUX, Daniel y LINDÓN, Alicia (dir.) *Tratado de Geografía Humana*, México: Anthropos Editorial, 2006, p. 254-269.
- GARCÍA-RAMOS, Juan. *Ensayos del Nuevo Mundo*. Madrid: Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 1993, 179 p.
- GONZÁLEZ, Emma. *El prebendado don Antonio Pereira Pacheco*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios, 2002, 295 p.
- HERNÁNDEZ, Manuel. *La Ilustración en Canarias y su proyección en Canarias*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, p. 72.
- HERNÁNDEZ, Sebastián. Pereira Pacheco y su visión americana. *Anuario de Estudios Atlánticos*, 2003, nº 54, p. 297-331.
- MACÍAS, Antonio. América y Canarias, relaciones entre. In *Gran Enciclopedia Canaria*. Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Canarias, 1994, tomo 1, p. 224-228.
- MACÍAS, Antonio. La migración Canarias-América. Un proceso histórico socio-cultural. *Guize*, 1995, nº 2, p. 9-36.
- MACÍAS, Antonio. Un siglo de emigración canaria, 1830-1930. In SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás. *Españoles hacia América. La emigración en masa. 1880-1930*. Madrid: Alianza, 1988, p. 166-202.
- MADERUELO, Javier. *El paisaje: génesis de un concepto*. Madrid: Abada, 2005, 338 p.
- MARCO, Marta. La voluntad de la mirada: reflexiones en torno al paisaje. *Revista de Educação e Humanidades*, 2012, nº 2, p.141-156.
- MILLARES, Agustín. *El canario de ayer y hoy. Descripción y estudios de los impresos de los siglos XV y XVI existentes en la Biblioteca del Museo Canario*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1975, 157 p.
- MILLARES, Agustín y SUÁREZ, Manuel. *Biobibliografía de escritores canarios (siglos XVI, XVII y XVIII)*. Las Palmas de Gran Canaria: El Museo Canario, 1979, tomo V. 312 p.
- MORALES, Francisco. Canarias en América y América en Canarias. *Revista de Estudios Americanos*, 1956, 62/XI, p. 355-366.
- ORTEGA, Nicolás. *Geografía y cultura*. Madrid: Alianza Editorial, 1987. 123 p.
- ORTEGA, Nicolás: Romanticismo, paisaje y geografía. Los relatos de viajes por España en la primera mitad del siglo XIX. *Ería*, 1999, nº 49, p. 121-128.
- ORTEGA, Nicolás. La valoración patrimonial y simbólica del paisaje de Castilla (1875-1936). *Ería*, 2007, nº 73-74, p. 137-159.

-
- PÉREZ-GALDÓS, Benito. *El abuelo*. Madrid: Editorial Rueda, 2001. 199 p.
- PÉREZ, Aurelio. *Sor Milagros ó Secretos de Cuba*. Santa Cruz de Tenerife: Imprenta Molowny, 1897, 477 p.
- RODRÍGUEZ, Jorge. Ochenta años de literatura (1900-1980). In VV. AA. *Canarias, Siglo XX*, Las Palmas de Gran Canaria: Edirca, 1983, p. 101-152.
- VIERA Y CLAVIJO, José de. *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*. Santa Cruz de Tenerife: Goya Ediciones, 1982 (8^a edición), 210 p.
- VIERA Y CLAVIJO, José de. Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias, o Índice alfabético descriptivo de sus tres reinos: Animal, Vegetal y Mineral con las correspondencias latinas. Las Palmas de Gran Canaria: Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, prologada por Manuel Alvar, 1982, 473 p.

